

Resistir obedeciendo

Para una etnografía de la resistencia civil no armada en Medellín

Resistance Through Obedience
Ethnography for Resistance of Unarmed Civilians in Medellín

Jaime Rafael Nieto López

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Universidad de Antioquia (Colombia)
e.mail: nietolo@hotmail.com

Recibido: junio de 2009
Aceptado: septiembre de 2009

Palabras Clave: Resistencia, Conflicto, Comunidades, Medellín, Comuna, Actores, Fuga.
Keywords: Resistance, Conflict, Communities, Medellín, Commune, Actors, Drain.

Abstract: I intend to show that the civilian population under control of the armed actors does not always become a passive victim of violence and armed aggression neither that their attitude is that of inevitable submissive loyalty to the domain of armed actors. The goal of this work is that of illustrating how, in urban contexts, characterized by control, dominium and violence of armed actors as in the City of Medellín, actors from poor neighborhood communities have had many and varied experiences of civil non armed resistance against the control by armed actors of their territories and their community. In other words, it shows that the scenario and the social, political, economical and cultural dynamics of urban territories are not only made by armed actors, but by neighbors who, with their leadership and collective actions, often illegal, secret or simulated, resist to their control. The core of this article is the summary of the narratives of two leaders of the «Comuna 9» and the narrative of some of the communal experiences of unarmed civil resistance.

Resumen: El artículo pretende mostrar que la población civil bajo dominio de los actores armados no siempre hace de víctima pasiva de la violencia y la agresión armada, ni que su actitud sea inevitablemente la de la lealtad sumisa ante el dominio de los actores arma-

dos. Su propósito es ilustrar cómo en contextos urbanos signados por el control, el dominio y la violencia de los actores armados en conflicto como el correspondiente a la ciudad de Medellín, las comunidades barriales pobres han realizado múltiples y variadas experiencias de resistencia civil no armada frente a ese dominio de los actores armados sobre sus territorios y la comunidad. En otros términos, su objetivo es mostrar que el escenario y la dinámica social, política, económica y cultural de los territorios urbanos de la ciudad, no sólo han estado protagonizados por los actores armados, sino también, por las comunidades barriales, que con sus liderazgos y acciones colectivas, realizadas muchas veces de manera clandestina, soterrada o simulada, oponen resistencia a este dominio. Para ello, presenta como núcleo central de este artículo el resumen de dos narrativas de líderes barriales de la Comuna 9 en las que se pretenden contar algunas de estas experiencias comunitarias de resistencia civil no armada.

Introducción¹

Una de las tendencias más marcadas de la confrontación armada en Colombia a comienzos del siglo XXI, es su expansión territorial y urbanización crecientes, que ha llevado a los actores armados a una disputa cerrada por el territorio y la población². Este «giro poblacional y territorial» implica una más decidida inclusión de la población civil en las estrategias de guerra de los actores armados, convirtiéndola en objetivo militar³. Por lo general, esta inclusión adopta dos formas, no necesariamente excluyentes: una, la de la convivencia (aunque quizás sea más apropiado hablar de connivencia), y otra, la de la criminalización. La convivencia suele ser el resultado de procesos previos de formas de criminalización y la criminalización pervive aun en situaciones consolidadas de convivencia. El lugar estratégico del territorio o de la zona, así como la conformación

histórica, social, cultural y política de la población, también inciden en la definición de las formas alternativas de inclusión.

En cuanto a la primera, ya lo ha observado el discurso académico incluso para situaciones de conflictos armados internos diferentes al colombiano: en zonas de disputa, la violencia de los actores armados contra la población civil es masiva y selectiva, cada vez más selectiva en proporción al mayor grado de control geo-demográfico sobre la zona. En tales situaciones es común que se subrayen las demandas mutuas de seguridad y lealtad entre la población civil y los actores armados dominantes. Por parte de la población civil, la demanda de seguridad brota como el bien más codiciado, el cual es satisfecho por el actor armado mientras perdura su dominio; y la demanda de lealtad, a cargo de la población civil,

se dispensa con labores de información y vigilancia al servicio del actor de turno garante de seguridad. El costo de este intercambio es bastante alto para la población civil. Por un lado, porque degüella buena parte de su autonomía, y por el otro, porque la fragmenta⁴.

Por otra parte, está la criminalización. Aunque probablemente Colombia tampoco difiera en esto de otras guerras locales en diferentes partes del mundo⁵, ninguna otra fase de la guerra colombiana había adquirido las proporciones que ha adquirido en la actualidad en términos de costos humanitarios resultado de esta creciente criminalización de la población civil. El desplazamiento forzado, el confinamiento, las masacres, los homicidios, los secuestros, las desapariciones forzadas, la destrucción de bienes civiles y el reclutamiento forzado han sido las manifestaciones concretas de esta dura realidad. La fisonomía de muchas ciudades grandes y medianas del país, entre ellas Bogotá, Medellín, Cali, Bucaramanga y Montería, entre otras, ha cambiado a raíz de la situación de desplazamiento forzado a que han sido sometidos cerca de cuatro millones de colombianos.

Es común que se destaque esta condición de víctima de la población civil por parte de buena parte de los estudios académicos o que, en el mejor de los casos, se desestime por parte de estos mismos estudios cualquier otra posibilidad de acción social diferente a la forzada y sumisa convivencia o a la criminalización al ser incluida en las estrategias de guerra de los actores ar-

mados. En este artículo pretendo ir a contrapelo de esta perspectiva y mostrar que la población civil *bajo dominio de los actores armados* no siempre hace de víctima pasiva de la violencia y la agresión armada, ni que su actitud sea inevitablemente la de la lealtad sumisa ante el dominio de los actores armados. Pretendo mostrar cómo, pese a la intensidad y la polarización de la confrontación entre actores armados, al lado y en tensión con formas de convivencia o criminalización, se expresan y toman forma, con diferentes grados y niveles de consolidación en el tiempo y en el espacio, múltiples y variadas formas de acción colectiva de resistencia civil no armada por parte de la población civil frente a ese dominio.

En contextos urbanos signados por el control, el dominio y la violencia de los actores armados en conflicto como el correspondiente a la ciudad de Medellín, las comunidades barriales pobres han realizado múltiples y variadas experiencias de resistencia civil no armada frente al dominio de tales actores. Por consiguiente, se pretende con este artículo hacer visibles a la investigación académica y a los tomadores de decisiones estas experiencias comunitarias, mostrar que el escenario y la dinámica social, política, económica y cultural de los territorios urbanos de la ciudad, no sólo han estado protagonizados por los actores armados, sino también, por las comunidades barriales, que con sus liderazgos y acciones colectivas, realizadas muchas veces de manera clandestina, soterrada o simulada, oponen resistencia a este dominio.

De acuerdo con lo anterior, presentaré como núcleo central de este artículo el resumen de dos narrativas de líderes barriales de la Comuna 9 en las que se pretenden contar algunas de estas experiencias comunitarias de resistencia civil no armada. La presentación estará precedida de una breve referencia académica a las más recientes experiencias de resistencia realizadas por diferentes categorías de actores sociales en Colombia y los aportes teóricos que se han efectuado en referencia a ellas. Al final, presentaré algunas conclusiones generales.

Trayectorias, lógicas y discursos

Las experiencias colectivas de resistencia civil no armadas contra la guerra no son exclusivas de Medellín, y quizás ni siquiera de Colombia. Experiencias de resistencia civil no armadas se han conocido en muchos otros países y regiones del mundo. Sin embargo, si bien tienen en tales experiencias más generales, antecedentes y puntos de referencia fundamentales, las experiencias de Medellín que aquí se describen, presentan respecto de ellas tópicos y rasgos diferenciados, algunos muy marcados, tal y como lo intentaremos indicar enseguida.

Los estudios sobre resistencia civil no armada en Colombia han tenido como referentes las movilizaciones nacionales contra la guerra o sus efectos sobre la población civil, caracterizadas generalmente bajo la categoría de sociedad

civil por la paz. También han tenido por referencia a los movimientos territoriales protagonizados por lo general por la población indígena, afrodescendiente y campesina, bajo la categoría de resistencia civil. Lo que destaca en casi todas estas aproximaciones teóricas es su marcado énfasis político, así mismo la relación directa que establecen entre el fenómeno de la resistencia civil con el conflicto armado colombiano, su capacidad de interlocución con los actores armados, las exigencias de no ser involucrados en el conflicto armado, el derecho al territorio y a no ser desplazados, a que se respete su autonomía y su identidad. Muchos más subrayan el capital societario y organizativo acumulado históricamente por parte de las comunidades involucradas en tales experiencias y el hecho de que por lo general están asentadas en un territorio común.

Tales estudios igualmente ponen de relieve el recurso que estas experiencias de resistencia civil no armadas hacen a medios no violentos en sus repertorios de acción, como los cabildos, las mingas, las asambleas comunitarias, las movilizaciones, la denuncia pública y las redes de hermanamiento, entre otros. Otro de sus aportes más significativos consiste en ampliar el concepto de resistencia civil más allá del referente estatal. Ampliación bastante pertinente para contextos de confrontación armada y de «soberanías en vilo» como las existentes en amplios territorios de Colombia. La disputa por la soberanía sobre territorios y poblaciones compromete una

dinámica de violencia y agresión contra la ciudadanía, no sólo por parte del Estado, sino también por parte de las guerrillas y el para-militarismo. De modo que las múltiples experiencias de resistencia civil no armadas de los últimos años en el país van dirigidas no sólo contra el Estado, sino también contra los actores armados irregulares.

La crítica, sin embargo, a estas aproximaciones académicas no radicaría tanto en lo que muestran, como en lo que velan. Es notable, por ejemplo, el lugar preponderante que dichas aproximaciones le dan a las acciones de confrontación y desafío abierto, públicas, teatralizadas, contra los actores armados, considerándolas casi como las únicas expresiones concretas de resistencia civil no armada. Por contraste, prácticamente guardan silencio o muestran poco interés, por develar y sacar a la luz experiencias de resistencia civil no armadas menos dramáticas, sutiles, discretas, simuladas, micro-territoriales o moleculares, como dirían Deleuze y Guattari⁶, producidas en el mismo espacio de dominio y control de los actores armados, como las que aquí presentaremos.

Por último, cabe hacer algunas precisiones de orden conceptual desde las cuales abordamos y presentamos las experiencias de resistencia civil no armadas de este artículo. El concepto clave aquí es el de resistencia, pues es a partir de él como pueden interpretarse y dotar de sentido las múltiples y variadas experiencias y estrategias colectivas de las comunidades barriales de la comuna 9 al rebelarse contra los po-

deres de facto y autoritarios, así como aquellas dirigidas a afrontar la dramática situación de exclusión social. La resistencia es la contrapartida del poder. La idea de resistencia es tan vieja como su práctica y está asociada directamente a diferentes formas de poder, dominación, opresión o injusticia; de modo que la resistencia corresponde a cualquier expresión colectiva de oposición, inconformidad o confrontación frente a estrategias de dominación o a situaciones de injusticia percibidas como tales por grupos o actores colectivos. Como lógica de acción colectiva se dirige contra el poder cualquiera sea la naturaleza y dimensiones de éste, sea estatal o no estatal, político o de cualquier otro tipo. Así mismo, la resistencia puede ser armada o no armada, abierta o simulada, pública o soterrada, confrontacional o indirecta, de horizonte emancipatorio o puramente reivindicativo⁷.

Subrayar la idea de lógica de la acción colectiva en la resistencia, significa así mismo poner en el primer lugar de las definiciones el sentido de la acción por sobre las formas y no inferir la lógica de la acción de sus formas. Este planteamiento es importante tenerlo presente a la hora de distinguir entre acciones colectivas de carácter general producidas en contextos de violencia y aquellas específicas de resistencia orientadas contra el dominio de los actores armados o violentos como la que aquí se ilustran. Esta lógica es agenciada por actores colectivos y comprende múltiples formas de acción colectiva: desde estallidos y sublevaciones

espontáneas contra el poder, insurrecciones, guerras civiles, huelgas, plantones, tomas de fábricas, desobediencia civil, asambleas, reuniones, movimientos sociales, formas societarias de economía social o popular (cooperativas y solidarias), formas orgánicas según ciclos de protestas y estructuras de oportunidad política, movilizaciones callejeras, protestas puntuales, educación popular, radios y medios comunitarios alternativos, *hasta formas más sutiles, calladas, ocultas, subrepticias, propias de la resistencia bajo regímenes totalitarios y autoritarios* ⁸.

Hemos situado al lado de la categoría resistencia la de *civil no armada*. Para el caso colombiano, consideramos conveniente subrayar los apelativos de «civil» y «no armada» para la resistencia así parezca tautológico para la mayoría de los estudiosos del tema en el país. Desde nuestra perspectiva no es suficiente indicar el carácter civil de la resistencia para inferir su adhesión necesaria a métodos no violentos de acción, dado que lo civil, histórica y teóricamente hablando, más que referirse a lo métodos de acción se refiere al carácter de los protagonistas de la acción, esto es, a los ciudadanos. Como cabe la hipótesis (corroborada históricamente en Colombia y otros países) de que los ciudadanos para el ejercicio o defensa de sus derechos puedan recurrir a la fuerza o a la violencia, es pertinente y necesaria acompañar la expresión «no armada» para referirnos al tipo de experiencias de resistencia civil que no recurre a las armas y así

evitar restringir indebidamente el carácter civil a las acciones no armadas⁹.

Por lo general, este equívoco hace que muchas interpretaciones –hoy dominantes en los medios académicos– sólo incluyan bajo el concepto de resistencia civil a manifestaciones civilistas, pacíficas y no violentas de la ciudadanía, y dejen de lado experiencias históricas, pasadas y presentes, en las que los civiles (la ciudadanía) se ven conminados o forzados a recurrir a las armas o a medios violentos para defender sus derechos y autonomía y oponerse a las diferentes estructuras y actores de dominación. De modo que el carácter civil que aquí le conferimos al concepto de resistencia *no proviene del sentido no violento de la acción colectiva*, sino ante todo del carácter de sus protagonistas y del alcance de sus objetivos. Sus protagonistas *son ciudadanos y no combatientes*, no son soldados miembros de ejércitos, ni gente que vive en función de o para el oficio de la guerra. Son ciudadanos, que forzados a defender sus derechos (civiles, políticos, sociales, culturales o nacionales) y su autonomía contra cualquier régimen o actor político de dominación, pueden o no recurrir a las armas en sus acciones colectivas, según las circunstancias sociales o políticas en las que se ven situados. Por consiguiente, vale la pena diferenciar, entre *el hecho real* de experiencias recientes de resistencia civil no armada en Colombia, y *la prescripción* –basada por lo general en estos mismos hechos reales– según la cual la resistencia civil para ser civil

tenga que ser siempre y necesariamente no armada.

Lo antes dicho nos ha de permitir precisar los alcances del carácter no armado de la resistencia civil. De acuerdo con la perspectiva aquí adoptada, esta dimensión «no armada» designa exclusivamente *unas estrategias de acción* y un modo de actuar que se basa en los medios propios que caracterizan a las acciones colectivas de resistencia civil no armadas, como por ejemplo, las manifestaciones públicas, las tomas civiles de edificios públicos, la huelga, el boicot, el éxodo voluntario, la desobediencia civil, la no colaboración, la obediencia pasiva, la simulación, la fiesta, entre otros. Lo cual nos permite diferenciarlas, no sólo de las formas de resistencia civil armadas, sino también del movimiento o la doctrina filosófica política de la no violencia, aun si muchos de sus protagonistas se inspiran en esta última.

Comunidad, territorio, poderes y fragmentación

El momento previo a la exploración de las experiencias concretas de resistencia civil no armada en la Comuna 9, estuvo colmado de sorpresas. La más destacada, que describiremos más ampliamente en las conclusiones, tiene que ver con la expectativa inicial de encontrarnos con grandes acontecimientos de resistencia o con situaciones marcadas por enfrentamientos directos y abiertos entre las comunidades barriales y los actores armados irre-

gulares, tal como lo hemos conocido en las experiencias de resistencia civil protagonizadas por las comunidades indígenas del sur del país o negras del pacífico. Desde ya decimos, que tal expectativa nunca se cumplió, pues las experiencias de resistencia civil no armadas con las que nos encontramos tuvieron y tienen, características, alcances y modalidades, que no sólo se alejan bastante de la idea preconcebida en que se basaba esa expectativa, sino que revisten una mayor complejidad. El contexto de acción, como lo veremos enseguida, guarda una estrecha relación.

Hasta la implantación de los actores armados en la Comuna 9, el tejido social organizativo de las comunidades barriales era relativamente rico y sólido. A partir de entonces, se debilita y empobrece debido al nuevo contexto de violencia e intimidación que surge a raíz de la confrontación y la disputa entre distintos actores armados desde mediados de los años 80s. De este modo, la dinámica social y organizativa de las comunidades barriales de la comuna se vio contenida o dislocada, inicialmente por las bandas juveniles articuladas a las redes armadas urbanas del narcotráfico y más tarde por milicias de las guerrillas y las AUC, quienes ejercían control social y económico sobre el territorio y la población al tiempo que realizaban acciones de «limpieza social» y ejercían funciones de policía y de justicia. El miedo que inspiraba su poder basado en las armas y la intimidación, la sensación de «seguridad comunitaria» que produ-

cían y la realización de algunas obras de beneficencia familiar o comunitaria, como la construcción de placas polideportivas, la organización de torneos deportivos, fiestas comunitarias, apoyo a procesos de autoconstrucción de vivienda, entre otros, fueron los resortes fundamentales sobre los que se asentaba su dominio y los que le permitieron granjearse cierto reconocimiento y aceptación entre sectores de las comunidades.

Algunas de las primeras bandas de la comuna fueron desplazadas por el asentamiento en sus territorios de grupos de milicias vinculadas a las guerrillas de las FARC y el ELN, estableciéndose especialmente en los barrios periféricos de la parte alta, como los barrios Ocho de Marzo y Barrio de Jesús. Entre tanto, en la parte central y baja seguían dominando las bandas delincuenciales cooptadas más tarde por las AUC. Con la incursión del paramilitarismo en la ciudad y su propósito estratégico de copar progresivamente el territorio y rutas estratégicas para el paso de hombres y logística militar hacia otros territorios del departamento, el dominio que en algunos sectores barriales de la comuna ejercían las milicias fue reemplazado por los dominios paramilitares del Bloque Metro (BM) primero y el Bloque Cacique Nutibara (BCN)¹⁰ más tarde, el cual termina hacia el 2003 consolidando su hegemonía tras derrotar al BM y cooptar las viejas y nuevas bandas.

Cabe anotar, sin embargo, que este dominio y control sobre el territorio de la Comuna 9, así como su dinámica,

no se efectuó de manera homogénea, sino que varió, dependiendo del tipo de actores armados irregulares presentes en determinados sectores y según la lógica dominante de sus acciones. De esta manera, nos vamos a encontrar con la coexistencia conflictiva en la comuna de varias territorialidades con dinámicas y lógicas diferentes. Nos encontramos, por ejemplo, con territorialidades como las de la parte alta extremo-oriental, que corresponde a los barrios Ocho de Marzo y Barrio de Jesús, en las que esta disputa por el territorio entre los actores armados fue extremadamente exacerbada y directa, debido al carácter más claramente político de la confrontación y de quienes ejercieron y ejercen ahí el dominio; mientras que, por el contrario, en la parte central y baja, que corresponde a los barrios históricos de la comuna, como Buenos Aires, La Milagrosa, El Salvador, Loreto, El Nacional y Las Palmas, en los que confluían al mismo tiempo varias bandas delincuenciales, esta disputa por el territorio no fue tan marcada y tan extrema hasta cuando más tarde se produce el proceso de cooptación paramilitar sobre las mismas¹¹.

Este proceso de dominación armada y coercitiva por parte de los actores irregulares del conflicto, especialmente pertenecientes a bandas, milicias y grupos paramilitares, confirma la tradicional ausencia estatal y su precario dominio sobre el territorio de la comuna¹². Por otro lado, da cuenta de una secuencia ininterrumpida y fluida de actores irregulares en disputa por la soberanía

sobre la comuna, que arroja como resultado una situación global de *sobranías fragmentadas*, según la cual, sobre segmentos territoriales o barriales de la comuna, domina un actor diferente y antagónico al contiguo en términos territoriales. Es de anotar, sin embargo, que este marco global de soberanías fragmentadas no corresponde a segmentos homogeneizados de dominación y poder, sino que contiene un complejo y dinámico estado de micro-poderes o de micro-órdenes, en los que se conjugan formas de *sobranías transitorias* consistentes en el dominio, frágil e inestable, de un actor durante ciclos de tiempo relativamente breves sobre territorios específicos, o sobre uno o varios barrios, o, a veces, sobre una o dos cuadras; con formas de *sobranías sobrepuestas*, de acuerdo con las cuales, sobre una misma territorialidad (un barrio o varios barrios contiguos) disputan diferentes actores irregulares; todo ello, en un proceso siempre frágil e inestable, de micro-órdenes y micro-poderes impuestos sobre las comunidades¹³.

Por otra parte, el monopolio de la violencia, aunque inestable, que estos poderes ejercen sobre microterritorialidades es la base para profundizar dicha dominación sobre campos y actividades más allá de los propiamente militares y políticos. Esto les permite su reproducción como tales, controlando y regulando las actividades económicas, muchas de las cuales están sujetas al cobro de «vacunas», especialmente sobre los comerciantes del sector y los transportistas, o ejerciendo el

monopolio sobre otras como, por ejemplo, el expendio de drogas y licor y las casas de juego. Si hacia fuera su tendencia es expansiva, hacia adentro es intensiva. El dominio se ejerce igualmente interviniendo en los conflictos intrafamiliares o entre vecinos, o prohibiendo ciertas pautas de comportamiento individual, relacionadas, por ejemplo, con la vestimenta, o ejerciendo control estricto sobre las entradas y salidas de los pobladores o extraños en el territorio o hacia otros territorios, o imponiendo horarios para determinadas actividades, imprimiendo de esta manera un carácter adicionalmente totalitario al dominio. En situaciones de soberanías superpuestas o de disputas ininterrumpidas entre diferentes actores irregulares al mismo tiempo, como en situaciones críticas vividas en los barrios del Ocho de Marzo y Barrio de Jesús, las normas coercitivas tienen un carácter más decididamente criminalizante, intimidatorio y expoliador, y al mismo tiempo más efímero.

Por lo general, la actitud de las comunidades barriales de la Comuna 9 ante estos poderes ha sido la de la «obediencia» o la de la «adaptación» o el «acatamiento», con todas las restricciones que ello implica para el ejercicio de las libertades y la autonomía de sus miembros. Sin embargo, más allá de las situaciones de miedo, zozobra y obediencia, producidos por la dominación casi absoluta y totalitaria de los actores armados, las comunidades barriales de la Comuna 9 han desarrollado un espectro relativamente amplio de experiencias de resistencia civil no

armadas a los poderes armados establecidos en sus territorios. Algunas de estas experiencias han permanecido ocultas a los ojos no sólo de los propios dominadores, sino también de muchos estudiosos de la dinámica social comunitaria de las comunas populares de Medellín. Su estudio muestra, por el contrario, que en muchas oportunidades estas acciones colectivas de resistencia civil no armadas han sido determinantes para el colapsamiento de tales poderes y siempre han sido decisivas para la permanencia de la comunidad como sujeto colectivo y punto de referencia de sus respectivos miembros.

De las seis experiencias exploradas en la Comuna 9, presento en este artículo dos: una de ellas realizadas en la parte extremo-oriental de la comuna correspondiente al barrio Ocho de Marzo, marcada por un contexto de conflictividad y violencia protagonizadas por guerrillas, bandas y paramilitares; y la otra realizada en la parte central correspondiente al barrio El Avila, en la que la confrontación y la dominación de bandas y paramilitares marcan el contexto. En esta presentación, intento, en lo posible, darle todo el espacio a la voz directa de los actores protagónicos de la resistencia a través de sus líderes, sin claudicar ante sus percepciones. Los relatos, descripciones o valoración de situaciones aquí presentadas tienen respaldo en la intervención de los mismos, para lo cual nos hemos apoyado en las entrevistas semi-estructuradas y en profundidad, concertadas y efectuadas previamente con cada uno de los líderes y lideresas entrevistados.

Barrio Ocho de Marzo: resistencia, obediencia, permanencia

Indagar por la resistencia civil no armada en el Barrio Ocho de Marzo, sus dinámicas y modalidades, implica evocar algo de su historia, de sus liderazgos y organización social, la forma como sus pobladores han construido el territorio y el proceso por medio del cual este territorio se convirtió en lugar de disputa entre diferentes actores armados ilegales en la ciudad desde su misma fundación en 1984.

Como suele ocurrir con el origen de muchos barrios populares de Medellín durante la llamada «segunda colonización urbana», el Barrio Ocho de Marzo se origina tras una lucha de resistencia de sectores excluidos por apropiarse de un espacio en la ciudad, a través de la invasión de una de las empinadas laderas adyacentes a la carretera que conduce al vecino corregimiento de Santa Elena a finales del año 1984. Y como muchas otras, antes y durante los años ochenta, «esta invasión fue tumbada por la policía», que era la forma como normalmente las administraciones municipales de turno respondían a los reclamos de las comunidades populares por un lugar en la ciudad.

En esta pequeña historia de luchas y de resistencias protagonizadas por estos pobladores se encuentra proyectada a la actualidad toda una riqueza de experiencias, de saberes, de reconocimientos, de identidades y de liderazgos, la cual incide de manera fundamental

en la configuración del contexto y las condiciones de posibilidad de la resistencia de sus pobladores. Lo más destacado aquí, consiste en que tales procesos de resistencia articulados a la fundación y construcción del barrio, genera entre la comunidad fuertes lazos de solidaridad, mucho sentido de pertenencia, fortalecimiento de la organización social y un reconocido liderazgo comunitario, que perdura hasta hoy, pese a las interferencias producidas por los efectos del conflicto armado escenificado en su territorio a partir de la década de los 90s.

En los años 90s, el Barrio Ocho de Marzo no fue la excepción a la situación de violencia y criminalización generalizada que vive la ciudad de Medellín. En esta década se establecen bandas delincuenciales vinculadas al tráfico de drogas, al robo y al atraco, milicias urbanas como las 6 y 7 de Noviembre provenientes de La Sierra y guerrillas del ELN, que durante todos estos años protagonizaron enfrentamientos por el dominio del territorio, en el que «las balaceras son horribles». A diferencia de otros barrios de la Comuna 9, la violencia que se despliega en el Ocho de Marzo proviene de actores externos al territorio y a la comunidad, prácticamente sin ningún arraigo social, lo cual incide sobre el carácter precario e intimidatorio de su dominio y el poco apoyo brindado por la comunidad.

«Esos fueron años difíciles, es el tiempo de la proliferación de los grupos al margen de la ley, a este barrio desde su fundación lo perseguían gru-

pos de extrema izquierda por ser barrios que quedan en la periferia para ir haciendo un cerco hacia la ciudad, a pesar de que no nos gustaban esos grupos se les dijo que no eran bienvenidos, fue una lucha que con el tiempo perdimos porque hicieron nidos en barrios vecinos, así fueron como llegaron a nuestro barrio haciendo requisas, a matar muchachos viciosos, entonces empiezan a hacer un nido, a algunos de los habitantes les parecía correcto, algunos les daban comida, vivienda y así fue como fueron cogiendo una fuerza que después es devuelta hacia el barrio. Empiezan a apoderarse de la voz del barrio... entonces estos grupos se pelean por el poder, por el control de las zonas y terminan enfrentados entre ellos mismos, las milicias 6 y 7 contra los elenos»¹⁴.

De esta contienda entre actores armados irregulares, terminan imponiéndose las guerrillas del ELN hasta el 2002, cuando son desalojados por las AUC. Durante ese tiempo las guerrillas del ELN ejercieron su dominio y control sobre la comunidad, apoderándose incluso de la Junta de Acción Comunal (JAC), cuyos líderes son intimidados y removidos de sus cargos, «luego se meten con la JAC, empiezan a decirme cómo actuar, cómo pensar, entonces decidimos parar, me reuní con su comandante y le propuse entregar la junta, nosotros no peleamos con ellos, pensamos que con el tiempo iban a desaparecer si no le hacíamos oposición».

En el 2002, las guerrillas del ELN son desalojadas por las AUC, tras una pre-

via incursión violenta efectuada por organismos de seguridad del Estado (Policía, Ejército, Gaula y encapuchados) que causó mucho dolor y violación de los DDHH entre sus moradores,

«ya para finales de los 90 el gobierno decide perseguir estos grupos y entra una fuerza de policía, civiles, encapuchados a buscar a los muchachos, recorrían todo el barrio, los tiraban al piso boca abajo, el ejército hace esto buscando a los muchachos, pero entonces castigan a todo el barrio... Llegaron al punto que sacaban a todo el barrio a la carretera y contra el piso, nos decían que éramos guerrilleros, mujeres embarazadas ultrajadas... y es así como logran debilitar estas milicias...cuando (en 2002) se entran las autodefensas, los sacan a bala, luego entra el ejército, hace una recogida y los debilitan, pero luego las autodefensas son las que dominan el territorio, pero luego son ellas las que se enfrentan entre ellos, las AUC usan otra estrategia distinta, recogen todas estas bandas y las vinculan a las autodefensas, los arman y se toman todos estos barrios, a finales de los años 90 estos barrios son tomados por las autodefensas, el barrio La Sierra es tomada por el Bloque Metro, en el Ocho de marzo pasa algo similar».

En abril de 2003, finalmente, tras la derrota del BM a manos del BCN, el dominio de este último se consolida en el barrio Ocho de Marzo y en toda la Comuna 9¹⁵. Durante su incursión y consolidación, el dominio de las AUC es ejercido:

«(...) a punta de bala, de masacres, de amenazas... A mí me tocó ver la entrada de estas autodefensas al barrio, en donde tocaban una puerta y abrían, los mataban indiscriminadamente.

El dominio de este nuevo actor no cambia para nada las condiciones de seguridad y de zozobra en que vivía la comunidad, durante esos dos años la gente seguía intimidada porque las AUC no se diferencian en nada a la guerrilla, someten igual que la guerrilla, aunque su fin es otro porque supuestamente la guerrilla es la toma del poder y de las AUC es acabar con eso, pero no se diferencian en nada en cuestión de violencia».

Particularmente muchos líderes comunitarios sufrieron la persecución y el estigma de «guerrilleros», y la confianza entre la comunidad, que era uno de los valores mejor consolidados durante los años anteriores, se vio resquebrajada por medio del «chisme» y el «run-run», que costó la vida a muchos miembros de la comunidad o puso en peligro a otros.

La JAC no corre mejor suerte que en la época de dominio del ELN, sus miembros fueron muertos o desterrados del barrio, pasando a control de los nuevos dominadores.

«Fue muy difícil ese tiempo porque ellos siempre tratan de ejercer dominio sobre los líderes comunales...Un muchacho, que era el que organizaba les dice a las AUC que él quiere seguir con ellos, pero al otro día lo matan por ser un informante y así si-guen cayendo muchachos».

Sin embargo, desde que se implantó el dominio y control armado por parte de guerrillas y paramilitares en los años 90s y comienzos de la década del presente siglo, puede decirse, que la comunidad del barrio Ocho de Marzo y sus líderes han desarrollado y sostenido frente a los primeros una actitud de resistencia casi ininterrumpidamente y bajo una misma modalidad, aunque con expresiones variadas según las circunstancias, y a veces plagada de ambigüedades y contradicciones, como veremos enseguida.

Los líderes comunitarios, prácticamente desarticulados de la JAC, empezaron a realizar formas de resistencia civil no armada, que conjugaban así mismo varios elementos, muchos de ellos inconcientemente, que sólo con el tiempo y los resultados producidos los hicieron concientes. Entre estas acciones de resistencia cabe destacar la celebración de fiestas comunitarias y el aniversario del barrio cada Ocho de marzo. «Nosotros seguíamos juntos y sabíamos lo que hacíamos, nosotros celebrábamos el 8 de marzo». En medio de la zozobra y el miedo, estos eventos permitían el reencuentro de la comunidad consigo misma, renovar los lazos de solidaridad y de vecindad construido por años, reestablecer el diálogo y poner en común experiencias de vida individual y colectiva relacionadas con la situación de violencia y control armado, allí la gente afirmaba sus lealtades comunitarias y se fortalecían los referentes de identidad comunitaria. Por otro lado, les permitía a los líderes renovar el contacto directo con

su gente, infundirle confianza y recrear su reconocimiento como líderes comunitarios.

«Éstas fiestas eran la única forma de integrar a la comunidad, así manteníamos ahí lo que no poseíamos, porque a pesar de que no teníamos el poder ahí estábamos porque la gente nos seguía creyendo y le decíamos a la gente que ahí estábamos, que seguíamos. Más adelante algunos líderes son catalogados como miembros de la guerrilla». Estos eventos permitían, además, socializar informaciones sobre el desarrollo de algunas actividades barriales y gestiones ante organismos gubernamentales, «dábamos algún mensaje, algún logro como el bachillerato nocturno, comentábamos lo nuevo que habíamos logrado, hacíamos un recuento de la historia del barrio, eso lo hacíamos y lo seguimos haciendo. Después de las fiestas de aniversario las cosas volvían a la calma, ellos seguían con su dominio».

Pese a que, en general, los actores armados irregulares no impedían la realización de estas actividades comunitarias, de todas maneras para poderse realizar debían pasar primero por una negociación con ellos en la que no siempre terminaban imponiéndose los actores armados. Algunas veces interfirieron estas fiestas y hostilizaron a sus líderes, dependiendo de «la calentura del barrio» y la situación del entorno inmediato, relacionada casi siempre con la amenaza de otros actores armados de afuera. Sin embargo, estos roces se convertían en la oportunidad que

los líderes aprovechaban para reafirmar su legitimidad comunitaria, su autonomía y su distanciamiento del dominio y control de los actores armados y afirmar su convicción en el diálogo como una manera de ejercer resistencia y una vía para resolver los conflictos.

«A veces se metían e interrumpían la fiesta, pero nosotros utilizábamos el diálogo, esa es una resistencia que no es muy pública, es una resistencia que sabía para dónde iba con una orientación política... Cuando el barrio cumplió 10 años pensé en realizar una integración; en una asamblea me aprobaron gastarme 700.000 pesos para contratar mariachis, artistas de la zona, etc.; pero existía el peligro de cómo gastar la plata, se formó un comité para ver cómo pagarles a los artistas. Luego llegó otro comandante al que le dio por hacerme un juicio, le dijimos que la acción comunal era independiente de ellos y que nosotros no nos reuníamos con ellos, esto les dio mucha rabia, nos encerraron en una casa, se les explicó que nosotros no queríamos nada con ellos y entonces nos acusaron de robarnos la plata, entonces ya nosotros entramos a demostrar que eso no era así, que el barrio mismo lo había autorizado, que era mentiras, y eso nos salvó de ese juicio».

Una situación similar se vivió a los cinco años,

«cuando celebramos los 15 años apareció el comandante de las milicias, empieza a llamarme y a preguntarme qué hacemos y me dice que por qué organizábamos fiestas sin invi-

tarlos, me dijeron que en esas celebraciones los ponían en peligro por no saber quiénes venían. Hablábamos con el Presidente de la Junta (de Acción Comunal) que era un muchacho de ellos, pero que era del barrio. Habían unos que manejaban la parte cívica y otros la militar, así ellos se enojaron nosotros hacíamos nuestras fiestas».

En circunstancias de miedo extremo e intimidación como las que vivieron los moradores del barrio Ocho de Marzo bajo el dominio del ELN primero y las AUC después, algunos líderes optaron por la adulación y el elogio fingido a los actores armados o por la colaboración aparente por parte de sectores de la comunidad, sin que en uno u otro caso se reconociera autoridad moral alguna a los actores armados, ejerciendo una suerte de «discurso público» o «actuado» de los dominados, según lo ha analizado Scott¹⁶. Más allá de los efectos paralizantes del miedo generalizado, para estos líderes y sectores de la comunidad, estaban en juego la defensa de la vida y la dignidad humanas, que se expresaba en estas actitudes de resistencia, a través de la simulación de obediencia y de colaboración, sin ceder en los requerimientos de legitimidad de los dominadores. Se trata de actitudes y de comportamientos de resistencia estratégicos, pero muchas veces inconscientes, reactivos, espontáneos y arriesgados, incluso al margen o en contradicción con las propias recomendaciones de los líderes.

Uno de los líderes del barrio Ocho de Marzo percibe estos comportamientos como actitudes de resistencia, a pesar

de su aparente connivencia con el poder y los dominadores:

«Cuando los actores (armados) aparecen, a la gente le da miedo, éste es inhibitorio y castra un montón de ideas y proyectos porque tienen miedo de actuar. Entonces eso origina que se den varios tipos de reacciones. Por ejemplo, hay unos que creen que llevándole la corriente a ellos... creen que se van a sentir protegidos no involucrándose con ellos, pero reconociéndoles algunas virtudes, y la gente descubre en el miedo que hay un punto en el que pueden convergir con ellos y en estos se apoyan con los actores armados, que más adelante resultan involucrados cuando aparecen los otros actores; pero la gente se las ingenia, cómo hago para defender mi vida? Nosotros como líderes tratamos de trazar políticas, pero la gente se defendía tratando de buscar los puntos de convergencia con los actores armados, entonces habían unos que hacían tamales para ellos, otros les daban dormida, sin estar inmersos en ese problema, trataban de buscar la protección de la vida de ellos, entonces eso es un tipo de resistencia que se da».

Este mismo líder, evocando un pasaje de la historia antigua de Roma, en el que Claudio ante la inminencia de la muerte a manos de Calígula, se inventa a través de la adulación un tipo de resistencia,

«que uno la marca aquí (en referencia al barrio Ocho de Marzo), le dice: 'como estás resplandeciendo... pa-

recas un dios', entonces le perdona la vida para que fuera a atestiguar a Roma que era dios, como mecanismo de resistencia o de defensa en este caso... Entonces la gente utilizaba esto en estas zonas para proteger su vida, porque si no lo hacían los mataban; aunque los actores casi no se metían con la población civil, si uno se equivocaba en el manejo del lenguaje con ellos ponía en riesgo su vida... Entonces vemos cómo esta gente se ingeniaba un montón de cosas para hacerle resistencia al conflicto... entonces hay que mirar ese mecanismo de defensa, de resistencia, de no oponernos a la idea de ellos... qué hacen ellos cuando cogieron el barrio, lo que hicieron era robárselo, lo volvieron nada, entonces la gente vieron esto y tiene la oportunidad de meter en una balanza lo que hacen ellos y lo que nosotros hacemos, porque a nosotros nos tocó una etapa muy bonita, de la época de los convites hasta con 100 personas de los convites, para hacer las calles, los acueductos... entonces eso nos mantenía muy unidos y hay una identidad de barrio muy buena y hasta de liderazgo»¹⁷.

Por otra parte, «fuera de escena», los líderes y sectores de la comunidad construyen «espacios sociales» o públicos de resistencia y de reencuentro en los que recrean una suerte de «discurso oculto» frente a los actores armados irregulares, complementarios con las fiestas y encuentros comunitarios.

«Hasta hace poco teníamos un ícono del barrio que era un 'kioskito' y allí

nos reuníamos los viernes y sábados a jugar parqués, tomar guarito y hablar sobre el barrio, lastimosamente el dueño del local murió, le decíamos 'parranda', ese fue el punto de encuentro... Hay otro sitio que es de unos negritos que venden pescado y la gente del barrio se reunía ahí a bailar, le terminamos diciendo 'la setenta', ese es otro ícono de encuentro del barrio. Había también un billarcito, la escuelita y otras partes».

Estos «espacios sociales» no fueron precisamente lugares en los que se pudiera hablar con vehemencia y con toda la palabra¹⁸, pero posibilitaban el reencuentro, el vínculo comunitario y el ejercicio del diálogo, de la conversación entre sectores de la comunidad y sus líderes, allí «las conversaciones más comunes eran sobre la violencia del barrio y cosas así, pero así como grupos de choque nunca porque yo estoy convencido que las cosas buenas tienen que salir a flote». Estos lugares de encuentro comunitario, se convirtieron también en lugares de contacto con agentes externos de la comunidad, especialmente con líderes políticos y sindicales de la ciudad¹⁹.

En estos espacios públicos del barrio Ocho de Marzo los dominadores, sin embargo, podían extender sus oídos y su mirada a través de los «niños parlantes», quienes estaban atentos a las conversaciones de los adultos en tiendas y sitios públicos, para llevar información a los jefes de los grupos armados. Los «niños parlantes», a contrapelo de su función, dan cuenta de la existencia de una trama narrativa y de

una conversación que fluía por el entramado social de la comunidad a espaldas o subrepticamente, sin dominio ni control de los actores armados, quienes requerían interferirlo de alguna manera²⁰.

«Ellos empiezan a involucrar a los muchachos menores de edad... donde esos grupos mandan a los muchachos a escuchar lo que están hablando las personas, uno estaba hablando tomándose los aguardientes, en la tertulia, cuando de pronto termina con unos muchachos poniendo cuidado, entonces la gente empieza a detectar eso y dice «pilas», obligándolos a utilizar muchas veces un lenguaje cifrado».

Pese a estos oídos y miradas del poder, tales espacios no perdieron su vitalidad ni su función como espacios sociales de encuentro y de resistencia de la comunidad. En estos lugares, como en las fiestas de aniversario, se recreaba la vida, la trama y el vínculo social, que eran los nutrientes y, al mismo tiempo, la expresión vivificante de la resistencia a los dominadores; condensaban el afecto, la alegría, el juego y la dicha del encuentro con el otro, en contraste con el peligro, la zozobra y la muerte representada por la dominación armada ejercida sobre comunidad y territorio. Pero, a diferencia de las fiestas, estos espacios sociales no son «puestas en escenas» frente a los dominadores (ELN o AUC) en los que el simulacro y la ambivalencia se mezclan con la comunicación y la gestualidad sincera entre miembros que se reconocen partícipes del común, sino

espacios de encuentro, espontáneos y contingentes, de la comunidad y de los líderes consigo mismos, en los que lenguaje y expresión se conjugan de manera vital y transparente.

Todo esto, parafraseando a J. Scott, hace parte de su propio «arte de la resistencia» y de despliegue de la Infra-política comunitaria. Y aunque se trata de una estrategia desarrollada por los líderes y comunidad del Ocho de Marzo en condiciones de dominación extrema, es muy difícil asegurar que respondiera propiamente a un pensamiento estratégico y a un plan preconcebido de resistencia; lo que nos lleva a considerarlo más bien como un proceso que se fue dando inconscientemente y en su desarrollo fue revelando su sentido y su riqueza, y adquiriendo su propia dinámica contra los dominadores.

Sin embargo, conciente o inconcientemente, se trató de una estrategia que parecía apostarle, en principio, a dos valores trascendentales, colocados en las antípodas de los valores de la dominación ejercida contra ellos (por lo menos de las de este tipo: efímeras, frágiles e inciertas): *el tiempo y la esperanza*. Para los líderes del barrio Ocho de Marzo, las acciones de resistencia desarrolladas parecían inscribirse, por un lado, en el albur del tiempo, en el doble sentido encerrado por este último: como tiempo contingente propio de todos los fenómenos humanos (buenos o malos), y como tiempo finito propio del acontecer humano. A juicio de sus dirigentes, esta dominación se desgastaba o se autodestruía tarde que

temprano, pues carecía de asideros en la realidad del barrio y de apoyos sociales por parte de la comunidad. Mientras que, por otro lado, parecía basarse en el valor de la esperanza, la que a su vez se fundamentaba en la propia fugacidad de lo humano sometido al rigor del tiempo en el doble sentido antes indicado. Tiempo y esperanza conjugados, delimitaban, en sentido profundo, el campo de acción de la resistencia: más que confrontar la dominación y el poder de los actores armados (percibido como efímero y temporal) había que mantener y fortalecer el vínculo comunitario (percibido como perdurable y perenne), capturados pero al mismo tiempo en fuga de los dominadores.

El líder entrevistado parece evocarlo cuando elucubra y compara su actitud con la situación presentada entre Hitler y el dominio sobre Ucrania en sus recuerdos de la segunda guerra mundial,

«es algo así como ocurrió con Ucrania y Hittler, entonces nosotros decidimos ceder por un tiempo para luego recuperarlo... Nosotros hacemos una resistencia silenciosa y nos quedamos ahí, el barrio se convierte en una guarida, se esconden guerrilleros, más adelante se atracan taxistas, llegaban a tomar sin pagar, se apoderan de la comunidad. Era como la esperanza de que todo iba a ser transitorio, lo teníamos como claro, que eso no iba a durar mucho porque eso no tiene salida».

Nos parece importante subrayar esta actitud entre filosófica y trascendenta-

lista percibida por los líderes comunitarios respecto del dominio transitorio y efímero de los actores armados, puesto que marcaría, no sólo el tipo de actitudes y de acciones de resistencia desarrollados ininterrumpidamente hasta 2006 frente a los actores armados irregulares, sino también el sentido hermenéutico de las mismas. Aquí, la permanencia en el territorio y no el éxodo, deciden los derroteros de la resistencia.

«En el Ocho de Marzo no se ha dado eso (en referencia a confrontaciones contra las AUC por parte de la comunidad), aquí se ha adoptado la política de hacer lo que hay que hacer, de no enfrentar; parece ser que enfrentarlos es peor... Entre 2002 y 2006 la acción de resistencia más importante consistió en permanecer en el barrio, porque optamos por no pelear, por defender su casita, ver cómo quedarme aquí sin perder mi casita. La gente sigue aferrada a sus criterios y pensamientos, pero se piensa más en el diálogo».

Esta dimensión de la resistencia normalmente aparece acompañada (y reforzada) por otro componente, de carácter exculpatorio, acerca de a quién corresponde la responsabilidad de afrontar la situación de dominación de los actores armados irregulares sobre el barrio Ocho de Marzo,

«(...) entonces la resistencia nuestra fue la de quedarnos quietos, pensamos que el problema era del gobierno y de ellos, los dirigentes optamos por dejarlos actuar, gracias a ello al-

gunos de nosotros seguimos vivos... Decidimos seguir juntos, seguíamos, conversábamos, nos reuníamos y callados... Teníamos claro que esto era una aventura de muchachos adolescentes y que el Estado nos tenía abandonados, eso era lo que los muchachos hacen, ocupan ese espacio, se apoderan de él y si el gobierno no hace nada, peor sería que nosotros no hiciéramos nada, pero optamos por quedarnos callados, por dejarlos hacer lo suyo».

Una interpretación de conjunto podría caracterizar este tipo de resistencia civil como pacífica, de fuga continua, pasiva frente al poder (pues, en ningún momento estuvo dentro de su horizonte deshacerse de él por sus propios medios) pero activa frente a la comunidad, sutil, silenciosa, colectiva y aparentemente inmóvil. Mientras los actores armados se movían según la lógica del control territorial y poblacional, los líderes se orientaban según la lógica comunitaria: permanecer e impedir que la comunidad se involucrara en la confrontación armada. La estrategia de resistencia y el sentido de la misma, al parecer, arrojaron sus frutos. Por un lado, los actores armados se autodestruían en una guerra sin cuartel, mientras la comunidad permanecía como referente de identidad y de pertenencia; y, por el otro lado, el liderazgo comunitario, si bien se debilitó, tuvo continuidad.

Después de la desmovilización de las AUC en noviembre de 2004, el contexto de la resistencia comunitaria cam-

bia, así como también la naturaleza de la misma. Entre estos cambios, se encuentra, por supuesto, la disminución del clima de zozobra y de temor en la comunidad, sin que la intimidación desapareciera, pues si bien buena parte de los grupos desmovilizados de AUC no portaban armas, su presencia y sus antecedentes delincuenciales de dominio y control siguen produciendo temor entre los pobladores.

Veamos cómo es percibida la experiencia de esta nueva situación por los líderes:

«A principios de la reinserción aparece el jefe de ellos que casualmente se encuentra conmigo porque un amigo me lo presenta y dice que tenía muchas ganas de conocerme porque querían un aparato político pero no tenían quién lo controlara porque toda su gente era de violencia y no tenían ningún personal que liderara lo cívico, me decía que me habían recomendado y que sería bueno que trabajara con ellos, entonces yo le dije que es bueno que la guerra terminó y que yo les colaboraba si todo era en contra de la guerra, les dije que si queríamos trabajar por sacar el barrio adelante yo les colaboraba, yo les daba consejo de cómo manejar las cosas y le dije que si ya se había acabado la guerra había que cambiar el trato con los muchachos, entonces yo considero que sin ser parte de eso, podríamos ir vinculándolos a actividades del barrio, entonces comenzamos a decirles qué era una acción comunal, qué hacíamos, etc; eso comenzó alrededor del 2005,

hicimos una asamblea y decíamos que no existiera más violencia, esos muchachos pidieron perdón al barrio y eso es lo que se ha tratado de hacer hasta ahora, un cambio, una transición...La acción ahora no tiene nada que ver con las AUC, aunque seguimos trabajando en algunas cosas con ellos».

Esta nueva situación ha favorecido procesos de mayor participación de la comunidad y la aparición de nuevos liderazgos,

«primero no había quién, por el temor, ahora hay mucha gente que quiere participar, o sea que la situación sí ha ido mejorando en ese aspecto, y yo creo que esto es de tiempo, no sé qué irá a pasar ahora, creo que la cultura de nosotros es seguir conviviendo con ellos (AUC) toda la vida, siempre va a existir los que piensen distintos, pero ahora este es un barrio que trasnocha, donde la gente sale, se ha recuperado ya en algo... Ya se puede hablar con más libertad, sigue el temor, pero uno sabe cómo hacer».

También surgen nuevas formas de organización social, como los grupos juveniles, que curiosamente estuvieron ausentes durante la etapa anterior de resistencia a los actores armados irregulares.

«Aparecen más grupos juveniles y también personas estudiadas que han levantado el espíritu y ahora el barrio cuenta con alrededor de 15 muchachos universitarios y otros ya graduados, entonces ya se está

cambiando esa cultura del temor, de la delincuencia, está creciendo una cultura que quiere estudiar, que quiere salir adelante; 15 personas en la universidad ya son muchos por ser un barrio tan pequeño, entonces esos son logros que se van apoyando. Los jóvenes ya participan, conocen, discuten».

Es claro, que con este nuevo contexto barrial, la resistencia comunitaria en el barrio 8 de Marzo, gira de lo político a lo social, reencontrándose con los acumulados parcialmente interrumpidos tras la irrupción en su territorio de las guerrillas en los años 90s y las AUC posteriormente. La preocupación ahora no está centrada en el dominio y el poder de los actores armados irregulares, sino en las necesidades urbanísticas del barrio como tal y sociales de la comunidad, para superar situaciones de pobreza y exclusión social. La lógica de la resistencia parece variar ahora de lo político a lo social propiamente dicho. En los años 90s se había acordado con el bienestar social realizar algunas actividades de desarrollo comunitario,

«(...) mandábamos a la gente a aprender arte, pero las personas en esa época eran más perezosas. Ahora hay personas que hacen cursos, montan sus empresas, ya hay es falta de liderazgo, de líderes que promuevan lo que hay nuevo; a nosotros nos han regalado 15 ó 20 becas, falta iniciativa...Pienso que se han comenzado a abrir espacios, ya es fácil que muchachos entren al Sena, que aprendan algo, pero no es ense-

ñanza para empleo sino para construir sus propias empresas. Ya la Universidad de Antioquia cobra sólo 1000 pesos por matrícula, ahora hay más oportunidades, hay que buscarlas, en estos barrios la gente no tenía empleo, pero ahora aquí tenemos el CEDEZO (Centro de Desarrollo Empresarial Zonal) donde se capacitan personas».

En el 2006 elaboran el Preproyecto de producción y comercialización de biodisel, consistente en el cultivo de algas en las terrazas o en los patios, aprovechando los 5 nacimientos de agua de la comuna, luego son exprimidas y mezcladas con aceite de cocina, produciéndose el biodisel. Este es un proyecto que existe desde hace varios años y todo ese biodisel lo está comprando TCC (transportadora comercial) para sus carros; el sindicato de Empresas Públicas de Medellín (EPM) les apoya el Preproyecto y un concejal del municipio lo gestiona. También han intentado, aunque infructuosamente, montar un proyecto de cultivo de truchas con los reinsertados. Igualmente, tienen el proyecto de crear una EPS, que atienda las necesidades de salud de su gente, para lo cual cuentan con el ofrecimiento de apoyo por parte de la Universidad de Antioquia, y EPM les donó 30 millones de pesos para que empiece a ser construida en la sede comunal.

La realidad y el futuro de esa nueva etapa de la resistencia contra la pobreza y la exclusión que protagonizan los moradores del Ocho de marzo, es todavía muy incierta, cargada más de

sueños que de realizaciones. Ellos, sin embargo, siguen ahí, permanecen, pero esta vez no están quietos, sino en movimiento.

Barrio El Avila: «Una golondrina haciendo verano»

En el barrio El Avila nos encontramos con una experiencia muy valiosa en el que una lideresa vinculada a la JAC, toma la iniciativa personal de desarrollar con los niños y adolescentes del sector actividades de tipo cultural, lúdicas, deportivas y recreativas, como estrategia de resistencia para encarar la grave situación de violencia del sector. La motiva el propósito de crear espacios donde los niños y adolescentes puedan encontrar alternativas a la violencia o a participar en las bandas armadas que imperan en el barrio.

En el barrio El Avila el contexto de la vida comunitaria está determinado por una situación más cercana a la de soberanías sobrepuestas, dado que el territorio es escenario de constantes enfrentamientos entre bandas juveniles del sector, sin que ninguna termine por imponerse sobre las otras de manera definitiva. Esto hace que la comunidad viva como en una situación de «sandwich», entre el fuego cruzado continuo de un grupo armado contra otro. Aquí cunde el miedo e incertidumbre en la comunidad:

«(...)este conflicto era protagonizado por los jóvenes... que se peleaban por el territorio, un parque, una esquina... antes del 2002 existía una vio-

lencia muy horrible, murieron muchos jóvenes... eran bandas de jóvenes, eran unos niños... pedían dinero, le prohibían a la gente a ir arriba o al parque o aquí o allá, para el lado de Loreto. Estudiaban en los mismos colegios... de un momento a otro se iniciaba una balacera, eran tardes enteras en balas, ver caer gente. Entre los jóvenes se mataban... antes de 2002 existió una violencia muy horrible, murieron muchos jóvenes... eran bandas de jóvenes, eran unos niños»²¹.

El trabajo social y cultural de esta lideresa, ampliamente reconocida por la comunidad, inicia desde finales de los años 90s y se proyecta incluso hasta hoy. Desde el barrio El Avila, trabajó con los niños de un barrio y de otro en actividades de recreación, deporte y educación. Hay una actitud comprensiva y, hasta cierto punto maternal, frente a los jóvenes integrantes de las bandas. Para esta lideresa, «los que estaban en el conflicto no eran mala gente, sino muchachos ignorantes». Esta percepción acerca de los protagonistas de la situación de violencia y el reconocimiento del grado extremo de vulnerabilidad en que se encontraba la población infantil y joven de ser involucrada en la dinámica de violencia, la lleva a definir en estos últimos su prioridad y eje fundamental de trabajo. Es así como las múltiples actividades recreativas, lúdicas y deportivas, se caracterizan por el marcado énfasis en valores relacionados con la convivencia, la tolerancia, la autonomía y el respeto al otro, lo cual impregna todo su trabajo con niños y jóvenes.

Con los niños y los jóvenes se organizaron talleres de pintura, actividades de recreación, eventos artísticos y deportivos, con amplia convocatoria del sector. De estas actividades surgieron algunos grupos recreativos como «Huellitas», dirigido especialmente a los niños, quienes trabajan con arcilla y elementos desechables, dando expresión artística a su imaginación y creatividad. También la experiencia del «Fut-valores», dirigido especialmente a los jóvenes, que era como una suerte de práctica deportiva orientada a la formación en valores, la cual consistía en realizar torneos de fútbol entre los jóvenes, en los que las sanciones o las faltas se trastocaban en valores o antivalores, utilizando un balón especial para ello: «donde el globo no es lo importante, sino el valor que representa cada valor... La recreación la asumimos como una estrategia de reconciliación... el juego lúdico como vía para trabajar valores».

Como se dijo antes, el propósito y la motivación de esta lideresa en el barrio El Avila, es ofrecer a este sector de la comunidad espacios alternativos que los sustraigan a la dinámica de violencia y a los protagonistas de la misma. Estas actividades se orientaban, así mismo, a encarar el grave problema de violencia intrafamiliar que impera en el sector, lo cual lleva a proyectar su trabajo hacia las madres y padres de familia a través de talleres formativos. El encuentro con los niños y jóvenes, con los adultos y padres y madres de familia, era la oportunidad para palabrear la dramática situación de violencia del

barrio y sensibilizar a la comunidad frente al mismo. Aquí, la lógica de la resistencia no se orienta hacia la confrontación con las bandas, sino hacia la fuga, en el sentido de ofertar espacios alternativos de encuentro y de proyección de la comunidad al margen de la lógica de dominación bandoleril; es decir, a través del trabajo con los niños y adolescentes, generar espacios que escaparan al control y dominio de los actores armados pero que al mismo tiempo fortalecieran la vida comunitaria y barrial.

Este último aspecto fue y sigue siendo crucial en términos de construcción de vida comunitaria, de espacio societario alternativo a la violencia de los actores armados. Como es sabido, en situaciones de dominio de un actor armado o de disputa entre éstos, como ocurrió en el barrio El Avila, el territorio representa un referente fundamental de este dominio, convirtiéndose prácticamente en la dimensión inmanente al ejercicio de la relación de dominación sobre la población. Precisamente, el espacio en el que más directamente se expresa este dominio territorial, que, por lo demás, suele ser controlado y regulado por medios coercitivos o prohibitivos, es el que corresponde al espacio público de la comunidad. Los parques, las plazoletas, las calles, los cafés, las placas polideportivas y todos aquellos otros escenarios de encuentro y de producción y reproducción de la vida comunitaria, tienden a ser copados de manera absoluta por el actor armado o son objeto de disputas entre éstos. De ahí que una de las pérdidas centrales

para la comunidad sometida a situaciones de confrontación o de dominación violenta sea la sustracción del espacio público comunitario de su trama cotidiana como comunidad.

Por consiguiente, es también en relación con este aspecto en el que destaca la importancia y proyección del trabajo realizado por esta lideresa. Por medio de la lúdica, el deporte y muchas otras actividades culturales promovidas y realizadas por ella, algunas veces con el acompañamiento de otros líderes comunitarios y del Inder, no sólo se despliega una estrategia de resistencia consistente en sustraer a la población infantil y joven de la dinámica de violencia, como ya se ha indicado, sino también una estrategia de mediano plazo hacia la rearticulación de la vida comunitaria. Es así como, a partir de estas experiencias, el espacio público del barrio El Avila empieza a recuperarse y llenarse de contenido. Estas actividades permiten que la comunidad progresivamente, sin confrontar directamente a las bandas delincuenciales, se reapropien del espacio público, lo disfruten y lo revitalicen, aunque luego de realizada cada actividad sea sustraído de nuevo por los actores armados, para recomenzar cada fin de semana o cada noche de programación cultural a favor de la comunidad.

En la promoción y proyección de esta experiencia de resistencia civil no armada, cabe destacar, el papel jugado por las mujeres, el cual se podría explicar, por un lado, por su especial sensibilidad frente al trabajo lúdico, recreativo y artístico con la comunidad;

y, por otro lado, por el temor más acentuado entre los líderes varones a emprender acciones de proyección comunitaria, pese a que en el barrio El Avila el hostigamiento al trabajo comunitario y sus líderes no fue tan marcado como en otros sectores. También es de destacar, la constante preocupación de las lideresas por mejorar sus cualidades y capacidades de liderazgo, participando en actividades de formación y capacitación ofrecidas por ongs o algunas secretarías del gobierno municipal, como el Inder y la Secretaría de Gobierno, lo cual les permitió así mismo encontrar apoyo y respaldo a sus actividades a través de estas entidades y vincularse a redes de trabajo comunitario como REDCOR (Red comunitaria de la comuna centro-oriental), con sede en el barrio Buenos Aires.

Cuando, con el tiempo, el gobierno municipal promueve en la Comuna 9 las mesas barriales y se compromete con su apoyo, este trabajo de resistencia civil no armada podía mostrar sus frutos y potencializarse. Por un lado, había un largo trecho recorrido previo de sensibilización de la comunidad frente a la violencia y a la necesidad de superar la confrontación armada, confrontación que para la comunidad significaba, como se ha dicho, dominio y violencia de uno u otro actor sobre el territorio, sus vidas, sus bienes, su autonomía y sus libertades. Por otro lado, gracias a este trabajo previo, las mesas barriales de convivencia gozaron desde un principio de amplia legitimidad entre la comunidad, y los actores armados pudieron tener interlo-

cutores comunitarios en las mismas, aparte de las instancias gubernamentales.

«Las mesas fue propuesta de la comunidad. Esta la mantenían con miedo, pues estaban como en un sándwiches. Amenazados, intimidados, en medio de balaceras... Una vez por mes se reunían en el Cerca de Buenos Aires y ahí conocieron algunas personas (representando al Inder, Espacio Público, Secretaría de gobierno y otros), y se fue formando un equipo grande de trabajo. De la Alcaldía les mandan un bus y realizan un mapa parlante donde colocaban en cada sector los problemas a través de fotos. Se formaban unos mapas con un dolor trágico, donde no había nada bueno (violencia, desnutrición, desamparo). De ese equipo de trabajo surgieron las mesas y se dijeron: vamos a sacar a esta gente adelante».

De este modo, las mesas barriales proyectan la rica experiencia anterior de resistencia hacia otros campos y con otros interlocutores. El proceso desencadenado a través de las mesas les permitió a los líderes tener una visión más amplia del conflicto y de la problemática juvenil que subyacía a la situación de violencia en el sector.

«Estuvimos en Loreto en una reunión con los jóvenes de las bandas; en ésta se trató de limar las asperezas entre ellos. La comunidad planteaba la necesidad de terminar la violencia tan fuerte...luego participaron de las mesas de trabajo promovidas por Luis

Pérez. Allí los jóvenes expresaron las cosas buenas para el barrio. Con el proceso iniciado con las mesas de trabajo se pudieron conocer la comunidad y las bandas. La comunidad se dio cuenta que los jóvenes no tenían la culpa, era una ignorancia, por eso los líderes reconocieron la importancia de la recreación y del deporte... Al encuentro con los jóvenes se enteraron de que el conflicto era por territorios, antes no lo entendían».

A la mesa convergieron inicialmente los sectores más representativos de la comunidad con la Administración Municipal. La participación más tarde en ella de los actores armados requirió de la mediación de esta última a través de la Secretaría de Gobierno.

«En la mesa participaban pocas personas pero muy representativas, se fueron conociendo... en la mesa se nombraron todos los representantes de la comunidad: el padre, el tendero, los jóvenes, los líderes, Secretaría de Gobierno».

Después de varios encuentros, azarosos pero positivos, en los que se creó un ambiente de confianza entre los líderes de la comunidad y los actores armados y de éstos entre sí, superando los recelos mutuos del comienzo, se logró ganar el consenso y el compromiso de superar la violencia en el barrio. La mesa había adquirido dinámica propia.

«Las bandas entendieron a través de las mesas de trabajo la inconveniencia de la violencia. Fue un equipo de trabajo para que éstas entendieran».

Luego vendrían las propuestas y los compromisos mutuos: «que la juventud entrara a estudiar y trabajar, que les ayudaran a las familias. A los muchachos se les dijo que dejaran las armas, con la promesa de estudiar y trabajar, con esa promesa aceptaron dejar las armas».

Se produce, de esta manera, un nuevo contexto, una nueva situación barrial. Cabe anotar, sin embargo, que esta nueva situación se vio catalizada con la incursión de las AUC al sector y el proceso de cooptación que progresivamente realizó sobre algunas de estas bandas, todo lo cual produjo el comienzo de un nuevo ciclo marcado especialmente por el proceso de desmovilización y reinserción del BCN de las AUC a partir de 2003.

A la postre, la mesa barrial se convirtió en el espacio de resistencia más representativo de la comunidad. No fue propiamente el momento de la transfiguración de la infra-política de los dominados de Scott en política, pero sí el momento y el espacio en el que ésta pudo poner en escena, con menos temor, con mayor decisión y con mayor claridad, sus demandas a los actores armados.

Sin embargo, durante el tiempo de actividad de las mesas, ese trabajo cultural, lúdico, deportivo y recreativo, no decayó, sino que por el contrario, continuó y se proyectó más allá del período en que estuvo funcionando la mesa, ya que se convierte en la oportunidad para proyectarse y articularse a las nuevas dinámicas desencadenadas por la

actividad de las mismas. «Las mesas de trabajo es la experiencia más representativa, pero la mesa termina y el proceso sigue, la violencia se supera con liderazgo y recreación y deporte, y hoy están más unidos».

Hoy la iniciativa y el trabajo de esta lideresa, cuenta con la participación de la gente y su reconocimiento como una de sus mayores fortalezas.

Conclusiones

La presentación que acabamos de efectuar de estas dos experiencias de la Comuna 9 de Medellín, nos permite establecer algunas conclusiones generales acerca de la resistencia civil no armada en contextos urbanos dominados por actores irregulares armados o en confrontación permanente. En estos contextos, en los que los actores armados ejercen un control y un dominio casi absoluto y totalitario sobre el territorio y la población, el observador superficial está tentado a descartar de plano la ocurrencia de cualquier expresión colectiva de resistencia, espontánea o conciente. Por lo general, se presume, que la actitud de las comunidades barriales de la Comuna 9 ante estos poderes ha sido la de la «obediencia» o la de la «adaptación» o el «acatamiento», con todas las restricciones que ello implica para el ejercicio de las libertades y la autonomía de sus miembros.

Sin embargo, la exploración que se ha hecho de estas experiencias, nos muestra que no es así. Por el contrario, nos

ilustran que la actitud de las comunidades urbanas frente a estos poderes no es siempre la de la obediencia, la adaptación y el acatamiento, sino que el desacato, la desobediencia y, en general, múltiples formas de inconformidad y de resistencia al poder dominante, emergen, se desarrollan y se expresan en estos escenarios y son parte constituyente de primer orden en la formación de la vida colectiva de las comunidades barriales. Estas experiencias muestran, que no siempre obediencia, adaptación o acatamiento han significado legitimación del poder o aceptación voluntaria del mismo. Detrás de muchas actitudes aparentes de adaptación, de respeto y obediencia al poder, se gestan y desarrollan muchas formas ocultas o discretas pero persistentes de resistencia y de socavamiento del mismo. En otros términos, contra la idea muy común, según la cual, allí donde dominan los actores violentos, sólo cunde el miedo, la zozobra y la sumisión, los resultados de esta exploración de experiencias muestran, que existe un amplio espectro de formas y variedades de resistencia contra la dominación de dichos actores, protagonizadas por las comunidades barriales. Estas comunidades, frente al dilema absoluto entre obedecer o marcharse, optan por el ejercicio de la resistencia como una opción posible y necesaria.

Muchas de estas acciones de resistencia civil no armadas, más que confrontar al poder se orientan a sustraer a la comunidad de su dominio. Se trata de dos lógicas contrapuestas: mientras el poder se orienta según el *deseo de*

llenura, una suerte de biopoder orientado al control del territorio y de los cuerpos de los dominados; la resistencia, por el contrario, lo hace según el *deseo de vaciedad*²², una suerte de sustracción o defeción del poder que les permite articular procesos alternativos frente a la violencia y el control de los actores armados. De este modo, la vaciedad, más que la confrontación, es una de las formas predilectas de expresión de la resistencia civil no armada en la comuna 9 de Medellín. Por eso, la fuga y la escapatoria en el mismo lugar del poder, pero eludiéndolo, constituyen en buena parte su arte y su gracia. El vacío y la fuga se convierten en la estrategia de resistencia más destacada, no sólo por su adecuación a las circunstancias de dominio, sino también por su eficacia. La una va con la otra. La fuga es la posibilidad siempre latente de desplazarse de un punto de control y dominio a otro, posibilita que los cuerpos nómadas vacíen al poder de su objeto de deseo, una exuberancia social que el poder no alcanza a devorar, aunque intenta someterlo todo. Este nomadismo que se desplaza y fluye incesante en el mismo territorio de los dominadores recrea y reconstruye sentido, identidad y trayectorias²³.

En este tipo de contextos límites, en el que el riesgo de la vida pende muchas veces de un hilo, es en los que las comunidades populares van desarrollando sus estrategias y experiencias de resistencia contra los actores armados, sin declinar al dominio autoritario y arriesgando el ensayo de formas suti-

les, calladas, simuladas o invisibles de resistencia. Activar sus microengranajes y lograr que su fuerza cohesionadora molecular se despliegue y gane espacio en el territorio, no es fácil ni sencillo, algunas sucumben y otras apenas logran permanecer.

Por otra parte, lo que estas experiencias ponen de presente es el gran interrogante acerca del lugar de la obediencia en la relación entre dominadores y la resistencia comunitaria. Es claro que muchos sectores barriales de la Comuna 9, obedecen o acatan las normas coercitivas «por obligación» o por miedo o por simple conveniencia, es decir, por «tener que obedecer». Casi siempre porque en el cuadro general de la dominación y en el contexto comunitario de la misma no existen otras posibilidades más que la obediencia. Sin embargo, conviene subrayar, que muchas de estas «obediencias» corresponden a estrategias intuitivas, muchas veces inconscientes, de defensa y resistencia. Esto explica que sectores importantes de la población desarrollen comportamientos estratégicos de adaptación o incluso de aparente colaboración, especialmente en aquellos territorios bajo dominación de soberanías sobrepuestas o de extrema vulnerabilidad de la comunidad. Todo lo cual contribuye a darle un carácter más complejo y específico a las experiencias de resistencia civil no armadas realizadas por las comunidades barriales de la Comuna 9, si las contrastamos, por ejemplo, con formas más convencionales de resistencia realizadas en otros contextos y por otros actores colectivos.

Aquí en la Comuna 9, lo que observamos son experiencias colectivas en las que muchas veces la resistencia no aparece claramente delimitada de la obediencia, como momento de ruptura o de clara separación entre una y otra, sino que obediencia y resistencia se mezclan, se conjugan o se confunden, según estrategias de defensa de lo comunitario y de relacionamiento con los dominadores. Por eso, es difícil desde una mirada convencional poder captar las ambigüedades, las ausencias y las presencias, el sentido y el potencial de estas prácticas de resistencia civil no armadas, poco visibles, poco demarcadas. Por el contrario, una mirada más atenta, como la que aquí hemos intentado mantener, que penetra la vida cotidiana de las comunidades, los procesos socio-políticos o culturales desarrollados por sus organizaciones sociales, sus líderes y personas representativas de las mismas, podrá develar cómo detrás de la obediencia pública se desarrollan procesos moleculares, soterrados y simulados, pero sostenidos, de resistencia, muchos de ellos puramente intuitivos, nada estratégicos, «inconscientes», pero fundados en la convicción de que tal dominación y la situación azarosa en que ella coloca el ejercicio de sus derechos y su vida debe cambiar.

De este modo, nos encontramos con que en la Comuna 9 la resistencia civil no armada no desafía abiertamente el poder ni el dominio que sobre la comunidad ejercen los actores armados, ni tampoco irrumpe ni se desarrolla según el modelo convencional de re-

sistencia a los dominadores: teatralizada, abierta, acontecimental y de confrontación. En esto consistió nuestra primera sorpresa anunciada más arriba en la parte introductoria a este acápite. Es por esto, que en la comuna nunca se encontraron ni se encontrarán (al menos, por ahora) *acontecimientos* propiamente dichos de resistencias ni situaciones de desafío abierto al poder. La idea de acontecimientos de resistencias ha estado muy estrechamente articulada y es parte consustancial de la idea convencional de resistencia como «puesta en escena», como desafío público de la comunidad a los actores de violencia y coerción. Esta versión convencional de resistencia está definitivamente ausente de las prácticas de resistencia de las comunidades urbanas de la Comuna 9. No hay allí movimientos sociales ni acciones colectivas en sentido convencional; lo que ahí encontramos, repetimos, son procesos más sutiles y discretos, pero no menos eficaces y persistentes de resistencia civil no armada.

Por consiguiente, estas experiencias de resistencia civil no armada nos están mostrando cómo los procesos sociales y políticos locales, sectoriales, barriales, de base comunitaria, desarrollados por lo general en las grandes urbes latinoamericanas como Medellín, por ejemplo, están generando otras dinámicas de construcción de sociedad y de ejercicio de la política²⁴, de resignificación de prácticas y de referentes simbólicos, cuya comprensión y valoración requiere que los teóricos y analistas abandonen o resignifiquen así mismo sus en-

foques y perspectivas convencionales acerca de las dinámicas sociales contemporáneas en América Latina²⁵.

Por consiguiente, que tales puestas en escena no se hayan producido ni se conozca de la existencia de acontecimientos emblemáticos de resistencia en la Comuna 9, no significa que los pobladores urbanos no la hayan practicado y consolidado. Las experiencias de la Comuna 9, muestran que estas múltiples formas de resistencia brotan y emergen por entre los intersticios del ejercicio del poder de los actores armados, en los umbrales o en las zonas periféricas de su dominio; sobre todo, formas de resistencia que corresponden a ese amplio campo que J. Scott llama de la infrapolítica, para significar esas formas sutiles, simuladas, capilares, invisibilizadas, marginales, discretas, de resistencia, desarrolladas en forma individual o colectiva por los dominados, y vivificadas persistentemente por las comunidades barriales de la Comuna 9 en los últimos años²⁶.

Ningún sector de la comuna conoce o ha realizado acontecimientos de resistencia, sino más bien procesos cotidianos, o a lo sumo pequeños eventos de resistencia, sobre todo de resistencia en aquellos campos aparentemente periféricos al ejercicio de la dominación (una conversación comunitaria en el bar de la esquina, una mediación, un evento deportivo o lúdico, un no pago de vacuna, una fiesta comunitaria). Así como el comandante Marcos acuñó el «mandar obedeciendo» para significar el carácter autogestionario del proceso revolucionario de los indígenas en

Chiapas (México), también en la Comuna 9, parafraseándolo, no es poco común encontrar formas de «resistir obedeciendo».

Bibliografía

Calveiro, Pilar. «Acerca de la difícil relación entre violencia y resistencia». En: López Maya, Margarita, et. al. (editores). *Luchas contrahegemónicas y cambios políticos recientes de América Latina*. CLACSO. 2008.

Deleuze, Guilles y Guattari, Félix. *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Pre-Textos. 1997

Gutierrez Sanín, Francisco, «¿Ciudadanos en armas?», en: Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno (compiladores). *Las violencias: inclusión creciente*. Facultad de Ciencias Humanas-Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 1998.

Herrera Flórez, Juan Alexander. *Sobreranía, Criminalización y Control Punitivo No Institucional en los Barrios Marginales de Medellín: el caso de la zona centro-oriental*. Monografía para optar el título de abogado. Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Universidad de Antioquia. Medellín. 2003.

Kaldor, Mary. *Las Nuevas Guerras*. Tusquets. Barcelona. 2001.

Kalivas, Stathis, «La violencia en medio de la guerra. Esbozo de una teo-

ría». *Análisis Político* #42, IEPRI-UNAL, Enero/abril de 2001.

Marchan, Rolan y Christine Messiant, «Las guerras civiles en la era de la globalización: nuevos conflictos y nuevos paradigmas». *Análisis Político* #50, IEPRI-UNAL, enero-abril de 2004.

Nieto López, Jaime Rafael. *Resistencia. Capturas y fugas del poder*. Desde Abajo. Bogotá. 2008.

Ortiz, Carlos Miguel, «Actores armados, territorios y poblaciones». *Análisis Político* #42, IEPRI-UNAL, En./abril de 2001.

Pécaut, Daniel: «Conflictos armados, guerras civiles y política: relación entre el conflicto colombiano y otras guerras internas contemporáneas», en: Luis Carlos Castillo Gómez (Editor). *Colombia a comienzos del nuevo milenio*. 8 Coloquio Nacional de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Dep. de Ciencias Sociales. Santiago de Cali. Universidad del Valle. Cali. 2004.

Pécaut, D. *Violencia y política en Colombia*. Hombre Nuevo. 2003

Scott, Jhon. *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Era. México. 2004.

Virno, Paolo. *Virtuosismo y revolución, la acción política en la época del desencanto*. Traficantes de Sueños. Madrid. 2004

Zibechi, Raúl. *América Latina: periferias urbanas, territorios en resistencia. Desde Abajo*. Bogotá. 2008.

Notas

¹ Este artículo recoge algunos de los hallazgos del autor en los marcos de la investigación: *Resistencia civil no armada al conflicto armado y la exclusión social. Casos Comunas 8, 9 y 13 de Medellín. 2002-2006*, realizada con Mary Luz Alzate y Katherine Higueta (co-investigadoras) y Elizabeth Velez y Nathalia García (auxiliares de investigación). El autor agradece especialmente el acompañamiento de Elizabeth Velez en el trabajo de campo.

² En términos generales estas tendencias no han variado en lo fundamental a pesar de la ofensiva militar desatada por el gobierno del Presidente Uribe contra las guerrillas y la desmovilización parcial de las paramilitares Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), aunque su intensidad ha variado significativamente.

³ Por lo demás, este no es un rasgo exclusivo de la guerra en Colombia sino común a otras en diferentes regiones del planeta.

⁴ Cfr. Kalivas, Stathis, «La violencia en medio de la guerra. Esbozo de una teoría». *Análisis Político #42*, IEPRI-UNAL, Enero/abril de 2001; Ortiz, Carlos Miguel, «Actores armados, territorios y poblaciones». *Análisis Político #42*, IEPRI-UNAL, Enero/abril de 2001.

⁵ Así lo subraya Mary Kaldor con el término, «nuevas guerras». Kaldor, Mary. *Las Nuevas Guerras*. Tusquets. Barcelona. 2001. Para una discusión de la perspectiva de Kaldor, cfr. Pécaut, Daniel: «Conflictos armados, guerras civiles y política: relación entre el conflicto colombiano y otras guerras internas contemporáneas», en: Luis Carlos Castillo Gómez (Editor). *Colombia a comienzos del nuevo milenio*. 8 Coloquio Nacional de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Departamento de Ciencias Sociales. Santiago de Cali.

Universidad del Valle. Cali. 2004. También: Marchan, Rolan y Christine Messiant, «Las guerras civiles en la era de la globalización: nuevos conflictos y nuevos paradigmas». *Análisis Político #50*, IEPRI-UNAL, enero-abril de 2004.

⁶ Deleuze, Guilles y Guattari, Félix. *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Pre-Textos. 1997. Debo a Rafael Rodríguez Prieto esta pertinente referencia a estos pensadores franceses.

⁷ De acuerdo con esta lógica, la distinción que pretende establecer Pilar Calveiro (Calveiro, 2008) entre confrontación y resistencia pierde todo sentido. Para una aproximación genealógica y teórica de la idea de resistencia, cfr. Jaime Rafael Nieto López. *Resistencia. Capturas y fugas del poder*. Desde Abajo. Bogotá. 2008.

⁸ Hacer hincapié en estas últimas expresiones de resistencia, resulta importante puesto que, por lo general, los estudios colombianos sobre resistencia civil no armada, como se anotó arriba, sólo incluyen aquellas formas de resistencia caracterizadas por el desafío abierto al poder y la recurrencia a manifestaciones teatralizadas de confrontación y en las que los momentos heroicos cobran un sentido de marca.

⁹ Algunas anotaciones sugerentes en este sentido (aunque discutibles en su aplicación para el caso de Medellín), se encuentran en: Gutierrez Sanín, Francisco, «¿Ciudadanos en armas?» en: Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno (compiladores). *Las violencias: inclusión creciente*. Facultad de Ciencias Humanas-Univ. Nacional de Colombia. Bogotá. 1998.

¹⁰ El BM y el BCN son estructuras paramilitares de las AUC que incursionan en la ciudad, el primero es sustituido a sangre y fuego por el segundo a raíz de disputas internas.

¹¹ Al momento de estudiar el contexto y las condiciones de posibilidad de la resistencia civil no armada en la Comuna 9, resulta de la mayor importancia tener en cuenta el reconocimiento de estas diferencias entre territorialidades, según el tipo de actores dominantes y en confrontación: predominantemente político y más estricto control territorial en las primeras, mientras que más de corte delincuencial y mayor flexibilidad en el control del territorio en las segundas. Así, por ejemplo, mientras en los barrios 8 de Marzo y Barrio de Jesús, los actores armados se impusieron sobre los líderes comunitarios y coparon sus organizaciones sociales a base de intimidación y miedo; en los barrios de la parte central y de abajo, el control y la intimidación sobre los líderes no fue tan marcado, las bandas delincuenciales ofrecieron un relativo campo de permisividad y de diálogo con los líderes comunitarios, aunque tal situación cambia cuando se imponen definitivamente las AUC.

¹² Hay que advertir, que no se trata sólo de ausencia o debilidad del Estado, sino también de estrategias de control territorial y poblacional auspiciadas por el propio Estado, cuando no ha sido éste quien directamente ha criminalizado a los pobres urbanos de las comunas.

¹³ Esta imagen sobre los diferentes tipos de soberanías o de territorialidades producidas por la dinámica del conflicto político armado interno en los últimos 15 años, ha sido puesto de presente por varios estudiosos de la guerra en Colombia, en la que destacan las soberanías estatales, las soberanías contra-estatales, las soberanías para-estatales y las soberanías o territorialidades en disputa. La creciente urbanización del conflicto armado desde la década de los 90s, proyecta una imagen de soberanías fragmentadas en algunas ciudades del país, que se ejemplifican en Medellín. Para una aproximación más directamente relaciona-

da con la Comuna 9, confróntese la Monografía para optar el título de abogado de Herrera Flórez, Juan Alexander. *Soberanía, Criminalización y Control Punitivo No Institucional en los Barrios Marginales de Medellín: el caso de la zona centro-oriental*. Fac. de Derecho y Ciencias Políticas. Universidad de Antioquia. Medellín. 2003.

¹⁴ Mientras no se indique lo contrario, todas las citas entre comillas corresponden a entrevistas con líder de la comunidad realizada en febrero de 2008.

¹⁵ «El 1 de abril de 2003 fue la última batalla que tuvo el Cacique (BCN), una bala le sacó un ojo a un nieto mío y ya hacía 4 años había herido a la mamá también otra bala perdida. Secuelas de la guerra. Allí concluye la guerra entre el Cacique y el Bloque Metro; el Cacique se apodera de La Sierra y el 8 de Marzo y empieza a condicionar una cacería de brujas a los ayudantes de la guerrilla». Testimonio de líder comunitario en el Taller con líderes de la Comuna 9 realizado en abril de 2008.

¹⁶ Cfr. Scott, Jhon. *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Era. México. 2004.

¹⁷ Testimonio de líder comunitario del barrio Ocho de Marzo, en el Taller con líderes de la Comuna 9 realizado en abril de 2008.

¹⁸ Dice J. Scott de los espacios sociales en los que se produce y recrea el discurso oculto de los dominados, que son aquellos en que «ya no es necesario callarse las réplicas, reprimir la cólera, morderse la lengua y, donde fuera de las relaciones de dominación, se puede hablar con vehemencia, con todas las palabras». J. Scott. *Op. Cit.*

¹⁹ Es verdad, como anota D. Pécaut, que «donde prevalecen las relaciones de poder no hay condiciones para que se mantenga lo que se podría llamar un espacio público», cfr. Pécaut, D. *Violencia y política en Colombia*. Hombre Nuevo. 2003; sin em-

bargo, experiencias como las descritas muestran cómo las comunidades pueden construir espacios públicos alternativos a los tradicionales.

²⁰ La existencia de estos «niños parlantes» confirma, además, el involucramiento sistemático que los actores armados irregulares hacen de la población infantil en su estrategia de guerra, una cuestión, que por lo demás, no es exclusiva de los actores armados en el barrio Ocho de Marzo ni tampoco de Medellín, sino generalizada para todas la territorialidades del país (o del mundo) en conflicto.

²¹ Mientras no se indique lo contrario, los textos entre comillas corresponden a entrevista a lideresa del sector realizada en enero de 2008.

²² Una idea parecida la sugiere Virno en : Virno, Paolo. *Virtuosismo y revolución, la acción política en la época del desencanto. Traficantes de sueño*. Madrid. 2004.

²³ Tales estrategias bordean lo que, en otro contexto, P. Virno, caracteriza bajo la idea del éxodo, «como sustracción emprendedora», en el que el conflicto no se presenta ya como una protesta, sino como una defeción, en el que nada es menos pasivo que la fuga; el *exit*, dice Virno, modifica las condiciones en que tiene lugar el conflicto, más que presuponerlas como un horizonte fijo. Cfr. P. Virno. *Virtuosismo y revolución, la acción política en la época del desencanto*. Traficantes de Sueños. 2003.

²⁴ Bien lo anotan Deleuze y Guattari cuando dicen: «Desde el punto de vista de la micropolítica, una sociedad se define por sus líneas de fuga, que son moleculares. Siempre fluye o huye algo, que se escapa a las organizaciones binarias, al aparato de

resonancia, a la máquina de sobrecodificación: todo lo que se incluye dentro de lo que se denomina 'evolución de las costumbres', los jóvenes, las mujeres, los locos, etc.». Deleuze, Guilles y Guattari, Félix. op. Cit., pp. 220.

²⁵ Bien lo ha observado Raúl Zibechi: «Estoy firmemente convencido, como sugiere J. Scott, de que los de abajo tienen proyectos estratégicos que no formulan de modo explícito, o por lo menos no lo hacen en los códigos y modos practicados por la sociedad hegemónica. Detectar esto proyectos supone básicamente combinar una mirada de larga duración, con énfasis en los procesos subterráneos, en las formas de resistencia de escasa visibilidad pero que anticipan el mundo nuevo que los de abajo entretejen en la penumbra de su cotidianidad. Esto requiere una mirada capaz de posarse en las pequeña acciones , con la misma rigurosidad y el interés que exigen las acciones más visibles, aquellas que suelen 'hacer historia'». Zibechi, Raúl. *América Latina: periferias urbanas, territorios en resistencia. Desde Abajo*. Bogotá. 2008. pp., 8-9.

²⁶ Al respecto, vale la pena tener muy en cuenta la advertencia formulada por el propio Scott: «Siempre que limitemos nuestra concepción de lo político a una actividad explícitamente declarada, estaremos forzados a concluir que los grupos subordinados carecen intrínsecamente de una vida política o que ésta se reduce a los momentos excepcionales de explosión popular. En este caso omitiremos el inmenso territorio político que existe entre la sumisión y la rebelión y que, para bien o para mal, constituye el entorno político de las clases sometidas». J. Scott, Op. Cit., pp. 233-234.